

A woman with long blonde hair, wearing a white lace dress, is shown from the chest down. She is holding a bouquet of white flowers in her left hand and a red book in her right hand. The background is a soft, out-of-focus green.

VIVIANA
RIVERO
SECRETO
bien
GUARDADO

 Planeta

Viviana Rivero

Secreto bien guardado

 Planeta

Capítulo 1

La guerra, y a partir de allí... el caos

HOTEL EDÉN, SIERRAS DE CÓRDOBA, ARGENTINA,
ENERO DE 1940

–Que el cielo nos asista, en estas vacaciones. ¡Espero soportar este maldito hotel! –exclamó Daniel Peres Kiev, mientras descendía de su lujoso Chevrolet, y recibía la mirada de desaprobación de su esposa.

–Querido, la decisión ya está tomada, ahora pongamos nuestra mejor voluntad. Disfruta de la belleza del lugar, que no es poca. Y si ello no te basta, hazlo por mí y las niñas, pero no arruines las vacaciones que tú mismo planeaste –dijo Carmela, su mujer, apoyándole la mano en el brazo, pensando que a veces su marido necesitaba de ella para entrar en juicio.

–Tienes razón, lo intentaré –respondió él. El matrimonio abandonó el vehículo seguido por sus tres jóvenes hijas: un parloteo animado se desperdigó en la tranquilidad del lugar y el chofer estiró las piernas satisfecho de terminar el largo viaje de Buenos Aires a Córdoba, que les había llevado eternas horas.

Daniel Peres Kiev observó el atardecer entre las montañas que hacían de fondo a la imponente construcción, cuyo cartel rezaba en lo alto «Hotel Edén», y volvió a exclamar:

–Lo intentaré... Aunque no sea fácil.

Un gesto de desdén se instaló en su rostro ante los dos hombres, que por la gran escalinata de entrada pasaban hablando en alemán. Su esposa, al percatarse de lo que él observaba, agregó:

–No olvides que aunque los dueños de este hotel sean nazis, como ellos mismos se reconocen, y nosotros una familia judía, todos vivi-

mos en Argentina y el mundo podrá estar en guerra, pero aquí no lo estamos.

Amalia, una de sus hijas, al escuchar el tenor de la charla, dejó la suya con sus hermanas y se acercó a ellos.

–Papito, quédese tranquilo; haga lo que vino a hacer: trabajar con los demás empresarios. Al fin y al cabo para eso está acá, y no se preocupe por nosotras, que sabremos encargarnos de pasarla muy bien. Además, recuerde que aquí estarán nuestras familias amigas de Buenos Aires.

Y dicho esto le estampó un sonoro beso y partió tras sus hermanas que, fascinadas, observaban el enorme y florido jardín.

Daniel Kiev pensó que, como siempre, su lúcida hija Amalia le había dado el toque de objetividad que necesitaba. Si bien complementarían vacaciones y trabajo, él venía a trabajar. Todo el grupo de grandes exportadores-importadores porteños venía al lugar a hacerlo.

La guerra desatada hacía cuatro meses por Alemania, había trastocado los negocios y la forma de llevarlos adelante, y los empresarios argentinos debían enfrentar juntos los cambios. Venir a este hotel y alojarse en él, aunque sus dueños fueran nazis, era parte de su trabajo, mal que le pesara. Y como bien dijera su esposa, ellos vivían en Argentina, y aquí no había guerra, ni persecuciones. Al menos por el momento.

Comenzó a relajarse, pero recién lo logró por completo al ver ingresar en perfecto estado, a la explanada del Edén, el segundo auto de su propiedad; conducido también por un chofer, en el que habían viajado desde Buenos Aires sus pertenencias y las dos mucamas de su familia.

Las domésticas, una joven y otra mayor, se precipitaron fuera del vehículo, admiradas ante la suntuosidad del lugar.

El hotel serrano era famoso no sólo por el lujo y el servicio sino también por las personalidades que de continuo albergaba: presidentes, artistas como Rubén Darío, príncipes europeos, y el propio Albert Einstein lo habían visitado. Aun el gobernador de Córdoba hacía frecuentes apariciones.

No obstante este verano se esperaba fuera muy particular. Dado que desde el inicio de la guerra las familias distinguidas argentinas habían desistido de las clásicas visitas a Europa, reemplazándolas por

viajes locales, éstas de seguro serían unas vacaciones ajetreadas en el Hotel. La conserjería atiborrada de actividad, donde ingresó el matrimonio Peres Kiev a completar el papeleo, daba fe de ello.

Mientras los choferes, mucamas y un botones se dedicaban a bajar el cúmulo de bártulos que traía la familia para sus dos meses de vacaciones, las hijas quedaron en el parque. Las figuras de las chicas Peres Kiev, coronadas por largos y dorados cabellos, no pasaron desapercibidas. Un grupo de caballeros que cruzaba el parque las miró de reojo, sin perderse detalle; la cuidada y reservada elegancia de sus vestidos parisinos no opacaba lo atractivo y sensual en ellas.

Lea, la mayor, tenía veinte años; le seguía Amalia con diecisiete, e Irene con quince. Si bien ni Daniel ni Carmela Kiev eran en extremo agraciados, la mezcla de ambos había acertado en las niñas una exótica belleza. Los rasgos delicados de las tres y sus ojos verdes y pardos les conferían una hermosura llamativa que, sumada a la gracia impuesta a fuerza de clases de protocolo, las hacían sobresalir donde estuvieran.

Ante los ojos de cualquiera eran tres bellas mujeres, pero bastaba escuchar sus diálogos para comprender la realidad de simples niñas en que vivían aún.

—No es justo que los novios de ustedes vengan al hotel y yo me quede sola y aburrída —exclamó Irene, la menor.

—Pues no creas que yo estoy entusiasmada con que venga Pedro. Más desearía la libertad de pasarme las vacaciones sólo con amigos —dijo Amalia.

—Creo que deberían dejar de quejarse y disfrutar el que estamos aquí, que ya es un verdadero milagro. Bien saben que papá no estaba convencido de venir. Y el hacerlo nos permitirá pasar estos meses con nuestras amistades. Por mi parte estoy feliz, ¡vendrá Manuel y su familia! —exclamó Lea, haciendo referencia a su prometido, con quien la relación avanzaba firme.

Irene, recapacitando, agregó:

—¡Yo tengo una buena noticia! Las chicas Tablada Martínez están aquí. Aunque no las he visto, sí me crucé con su mucama.

Amalia, la más extravertida, se alejó de sus hermanas y caminó hacia la fuente de agua de la entrada; algo en ella había llamado su atención. Reconociéndola de cerca, antiguos recuerdos la embargaron.

Años atrás había hecho una breve visita al hotel con su familia, y la fuente con sus dos enormes leones le había parecido inmensa. No es lo mismo mirar las cosas con ojos de niña, que con ojos de diecisiete años, observó, completando este pensamiento con la felicidad de saber que ese mes al fin cumpliría los dieciocho!

Risueña evocó el dicho de su padre «Las mujeres menores no hacen más que aumentarse la edad, pero una vez que alcanzan los dieciocho comienzan a quitarse los años».

No, a mí no me pasará eso, estoy feliz de cumplir los dieciocho –meditó. Y se regocijó pensando en los dos meses que disfrutaría en el lugar, lejos de los estudios, recreándose y divirtiéndose en las famosas fiestas del Edén.

Muchas de sus amistades venían cada verano a este lugar; pero su padre se había mostrado renuente a regresar, pese a las súplicas de ella. Con el paso de los años había comprendido las razones: ellos, los Peres Kiev, eran judíos y los dueños del Hotel, alemanes nazis.

Si bien la única vez que se hospedaron en el Edén años atrás, el trato hacia ellos fue excelente, su padre había dicho «todo tiene un límite» y no había aceptado volver; máxime que en los últimos tiempos se decían cosas horribles de los nazis.

Una sola conclusión sacaba Amalia de esta nueva visita: que en Argentina, a las personas todavía las unía o las separaba la posición social y económica, más que la raza o los colores a los que pertenecieran. Ella no había sufrido en su corta vida ningún tipo de discriminación; sus mejores amigas no eran judías y su pretendiente tampoco. En casa de los Kiev no eran estrictos respecto a temas religiosos. La noticia del noviazgo de su hermana con alguien de la colectividad judía los puso felices, pero también lo estaban, y mucho, con Pedro, su novio, por llamarlo de alguna manera.

La decisión de su padre de regresar a este hotel, aun cuando sólo fuera por trabajo, auguraba momentos felices y ella disfrutaría cada uno de ellos. Estos pensamientos vagaban por su cabeza cuando alcanzó a escuchar a su madre desde las escalinatas de la entrada:

–Niñas, comiencen a disponerse para la cena, Dora López les está preparando sus vestidos.

El personal doméstico de los Kiev estaba constituido por dos mucamas: Dora López y Dora Perrini.

Dora López era una mujer mayor, cuyas canas y surcos en el rostro habían aparecido en el transcurso de los muchos años dedicados a las tareas domésticas en la casa Kiev. Conocía a las niñas desde pequeñas, y las malcriaba y amaba como a las hijas que no tuvo. Carmela confiaba en ella en forma plena, para lo que fuera, aunque a veces sentía celos, pues parecía que Dora López conocía más a sus hijas que ella misma.

Dora Perrini, la otra doméstica, era una muchacha italiana que apenas llegó de su país fue aceptada para trabajar en la familia. Sus particulares cualidades de peluquera notable y eximia planchadora de vestidos de fiestas, le permitieron desplazar con facilidad a las otras postulantes. Llevaba un año desempeñándose con los Kiev, y a los ojos de cualquiera parecía una muchacha feliz; pero las heridas de miserias sufridas durante años no le permitían serlo en forma completa, como tampoco le permitían contemplar la vida de los Kiev sin que sus ojos se inyectaran de envidia.

Finalmente, los recién llegados tomaron posesión de sus habitaciones: una para el matrimonio y otra contigua para las hijas, ambas en suite. Las dos mucamas se hospedarían en el ala izquierda del hotel, zona destinada en su totalidad al personal de las familias visitantes.

El Edén estaba repleto. Desde su habitación, Amalia podía escuchar la agitación del pasillo y las voces, risas y taconeos en la gran escalera de madera.

Parece que este verano, todo el mundo visitará el hotel, reflexionó deseando encontrarse pronto con su mejor amiga, Tina Piboleau, quien le había anticipado vendría el mes siguiente.

También la familia de su novio, y el prometido de su hermana Lea, habían hablado de venir más adelante unos días; por suerte la familia del suyo no había confirmado. El novel y reciente abogado Pedro Saravia Flores le caía bien, su compañía le agradaba, pero sentía que le cercenaba la libertad. Amistad sí, pero compromiso y amor eran otra cosa. Eran... ataduras, concluyó. Y proponiéndose no amargarse por nada en estas vacaciones, especuló: Ya me escaparé de esa relación en cuanto pueda. La misma llevaba sólo cinco meses y había avanzado muy poco.

Resolvió que en el Edén, hablaría con sus padres de su falta de interés por Pedro. Ellos comprenderían, estaba segura. Ya estaban al tanto de sus planes como escritora, sobre todo después del éxito de la publicación de su librito *Diez cuentos cortos por Amalia K.* Y entendían la frustración que le acarrearba tener que resignar, por culpa de la guerra, sus clases en la Universidad de la Soborna, Francia.

Era indudable que sus planes no contemplaban compromisos amorosos, por lo menos no por ahora.

Los Kiev comenzaron a prepararse para la cena. En la habitación de las hermanas se llegó a un acuerdo sobre cuánto tiempo le correspondía a cada una en el espejo del tocador del cuarto; el mismo cumplía un papel fundamental en una familia de tantas mujeres.

Y entre las frivolidades de vestidos y maquillajes, hubo lugar para comentarios profundos que los temores de Irene iniciaron.

—Amalia, ¿tú crees que papá tiene razón en preocuparse de estar en este hotel?

—¡Por supuesto que no!

—Pero dicen que los Eichhorn, los dueños ¡son nazis y amigos personales de Hitler! Y que hay una foto en su oficina, donde se los ve reunidos con el Führer, tomando el té.

—Irene, no debes creer todo lo que dice la gente. Además no todos los alemanes son iguales —dijo Amalia convencida.

—¡Ay, hermana, qué ingenua eres! —exclamó Lea al escucharla.

—La ingenua eres tú, que crees que todo en la vida es blanco o negro.

—No metas en la cabeza de Irene ninguna idea extraña, bastante tenemos que luchar con las que tienes tú.

Amalia hizo un gesto de fastidio, pensando que rara vez ella y su hermana Lea estaban de acuerdo en las cosas importantes. Se hallaba a punto de continuar la discusión, cuando Dora Perrini entró a la habitación para ayudarlas con los peinados que llevarían esa noche, por lo que las hermanas dieron por terminada la charla.

Amalia resolvió dar un paseo. Cuando su hermana Lea se cerraba de esa manera, se ponía insoportable. Salió al parque dispuesta a aprovechar la última luz del día. Bajó con rapidez y ya frente a los árboles, eligió caminar unos metros arriba para observar la pis-

cina del hotel, que según recordaba, estaba un poco alejada y ubicada en lo alto de la propiedad, por lo que emprendió la empinada subida.

Jadeaba ya cuando alcanzó a escuchar el sonido del agua, era evidente que alguien nadaba, el chapoteo era rítmico. Le llamó la atención, anochecía. La pileta a estas horas debe estar helada, pensó.

Subió los últimos pasos y allí frente a sus ojos apareció la enorme piscina turquesa rodeada de una arboleda.

En ella un hombre se movía con energía y gracia dando brazadas. El cabello, aunque mojado, denotaba que era rubio. Amalia, impasible, observó el cuadro: la última claridad rojiza de la tarde teñía el cielo y el agua de ese color. Nada parecía moverse en la quietud del lugar, salvo las brazadas armoniosas del nadador que iba y venía. El silencio cubría todo; la exuberancia del verde lo cercaba.

Disfrutando la visión y estupefacta como estaba, vio cómo el bañista daba por terminada su práctica y salía del agua sin siquiera percatarse de su presencia. Amalia, prudente, estaba a punto de marcharse, pero la figura masculina no se lo permitió. El cuerpo perfecto y trabajado, bronceado por el sol y sólo cubierto por un pantalón de baño azul, captó su atención. El joven se peinó el cabello con los dedos y comenzó a secarse lentamente con la toalla blanca, realizando con ella un verdadero ritual de prolijidad. Amalia no recordaba haber visto un hombre así; la imagen apenas iluminada por la última claridad del día, la hipnotizó durante breves minutos. Aún estaba sumergida en la quietud y arrobo cuando descubrió azorada que él, toalla en mano, la miraba con sus ojos clarísimos.

Se quedaron así instantes. Sorprendidos.

Él intentó una sonrisa. Amalia nerviosa la devolvió, y de inmediato al ver la intención del nadador de acercarse, giró sobre sus pasos y comenzó a bajar a prisa. ¿Qué había estado pensando para quedarse mirando de esa manera a un hombre? ¡Y sonreírle a un perfecto desconocido! Creyó morir de vergüenza y aceleró su marcha.

Llegó al edificio y aún turbada se dirigió al cuarto. Dora Perrini la esperaba, era su turno para peinarla.

Al cabo de una hora Daniel Kiev era el único que estaba listo. Ansioso y elegante, bajó en busca de compañía masculina, que no tardó en encontrar.

El hotel deslumbraba por donde se lo mirase, los exquisitos pisos de madera canadiense exhalaban su aroma. Rincones elegidos estaban coronados por alfombras europeas y cómodos silloncitos blancos, en los que era posible sentarse y disfrutar de un momento de paz, al lado de alguno de los ventanales que daban al verde del parque y al canto de los grillos.

Hombres y mujeres lucían elegantísimos. Las reglas del hotel eran claras: estaba prohibido bajar al comedor sin estar ataviado de rigurosa etiqueta. La alternativa para los perezosos era que la cena les fuera servida en su habitación, gracias al sistema creado por el arquitecto constructor: una especie de elevador cerrado e impregnado de vapor caliente, que mantenía la temperatura de los platos y los llevaba directo de la cocina a los diferentes halls del hotel, desde donde eran retirados. En el comedor, duplicado por infinitos espejos, una comitiva de *garçons* preparaba de manera meticulosa las mesas con la finísima vajilla austríaca; los aromas anticipaban los famosos lomos argentinos, especialidad del chef del lugar, alemán como los dueños del Edén. El hombre había sido traído por ellos del Hotel Schweizerhof de Berna, en Suiza, y hacía un año que disfrutaba de Córdoba y su quietud.

En pleno descenso de las mujeres Kiev por las escaleras, Lea decidió comentar lo que tenía atorado en su pensamiento y garganta:

—Están los Tagle, primos de Manuel. Te pido, te ruego, Amalia, que no te encarames en discusiones literarias como en la fiesta de Adela, que todos terminaron ofendidos con tus opiniones. No quiero que luego nos critiquen a nuestras espaldas.

Amalia hizo un gesto de sorpresa y tranquila respondió:

—No tengo planeado hablar de literatura, esta noche más bien centraré mis discusiones en los vaivenes de la guerra.

Su madre la interrumpió:

—Amalia, compórtate. Te pido que no perjudiques las relaciones con la familia del novio de tu hermana, pronto serán nuestros parientes.

Carmela conocía bien a sus hijas. Lea, la mayor, siempre tranquila,

cumplidora, estricta con ella y con los demás. Amalia en el medio, torbellino de rebeldía, alegría y capacidad. La pequeña Irene dulce y mimosa, como buena benjamina.

Los Kiev, exigentes con la educación de sus hijas, habían invertido muchas horas personales en ello, impartiendo conocimientos pero también valores y principios. Y ahora sentíanse orgullosos de la cultura y don de gentes que habían logrado se notase en ellas. Pero ni los muchos idiomas aprendidos con las institutrices contratadas por años, ni la maestra de protocolo que los visitaba cada semana, ni las largas horas estudiando historia y literatura en el Instituto Bilingüe de señoritas, habían suavizado el carácter de Amalia tanto como ellos querían. Sí habían dulcificado sus modales, sí habían hecho de ella una verdadera damisela, pero aún tenía en sus ojos ese fuego, que renacía cuando su ser no lograba acomodarse a los cánones impuestos por la sociedad.

Para la madre, tanto su hija mayor como la menor significaban tranquilidad en muchos aspectos. Con Amalia, sólo le quedaba confiar en que los años y un buen marido logran aplacar su carácter. Y si de marido se trataba, el tema estaba encaminado. La joven mantenía un noviazgo desde hacía algunos meses con Pedro Saravia Flores, joven y promisorio abogado, perteneciente a una familia aristocrática de Buenos Aires. Los años habían enseñado a la señora Kiev que un temperamento como el de Amalia, bien encauzado, podría hacer de ella una triunfadora nata, una mujer exitosa, incluso en un mundo de hombres. Pero también debía reconocer que, si no se lo encaminaba de manera correcta, podía arruinar su propia vida y la vejez de ella y su marido. Sus especulaciones acabaron con la exclamación de Amalia:

—¡Quédese tranquila, mamita, no perjudicaré a mi hermana! ¡Más bien, la beneficiaré con mis charlas y encantos!

La exagerada vehemencia de la frase no tranquilizó a ninguna de las mujeres Kiev. Pero la madre decidió no decir nada y guardó en su corazón las últimas reflexiones.

Y al ver el salón del bar repleto y radiante, se dispuso a disfrutar de las vacaciones que recién comenzaban, sin siquiera imaginar los acontecimientos que, en ese mes y en ese lugar, marcarían la vida de su hija y la de toda la familia.